HIJOS DE CARLOS

SON el nuevo tiempo, Carlos.
Están ya en su tiempo—no en el nuestro—donde yo pido prestado un poco de sosiego para quedarme oyendo.
Los veo con tu memoria hecha alegría, con mi amistad traspasada y confusa, como una prenda un poco vieja que no se sabe bien si se puede aceptar.
Me han dado tu mano en tres manos;
me han mirado desde tus seis ojos, que tanta de mi esperanzada juventud acercaban.
Se han sentado, incómodos, provisionales, en el diván de este café donde tú estuviste y creo que estás;
donde estarías—quién sabe—y acaso yo no.
Tres vías muertas de agua, tres vías de lágrimas han abierto —han cerrado—de pronto,
y el corazón ha achicado su congoja como si un relámpago anunciara la nueva tempestad,
en la que no estaremos ni tú, ni yo, ni ellos, ni mis hijos, o acaso sí,
acaso una hija mía llorando de anciana en el rincón de un parque,
llorando sin pensar ya en mí, que la pienso ahora dolorida y terminando...
La nueva tempestad—o la nueva aurora—se llama fe, y empuje y deseo.
Y hasta olvido se llama, porque sí,
porque esto es lo fuerte y lo invicto, lo que saludablemente amanece.
Y eso que...
hoy, todavía
quieren recoger, ellos, los tres brotes seguros,
la tierra que recuerda a la tierra, la orilla que marcó tus orillas,
el lugar donde nada hay por más que busquen y escarben,
donde yo estoy con ellos y nada hay tuyo, por más que ahondemos y queramos, y volvamos a cavar y volvamos a querer...
Ellos son más que su razón, y más que la mía, y que tú y que estas líneas.

Y miran.
Y en torno todo es nuevo y movible, y roturado aparece para la siembra.
Y quieren—qué tierna proximidad—
comprometerme un instante en su labor,
decirme que les siga un momento, por ti, por juntar, por hacer una la cadena...
Son hermosos los tres. Seis ojos miran. Se distraen.
Se hacen fuego sobre el agua—bajo la apuntada lágrima—para traer calor al sitio donde estuviste un día.
Era más fácil decir que estamos aquí, contigo y sustentándote.
Cuando es verdad que ni tú, que verdaderamente ya no eres, ni yo, que no cuento en los suyos, somos otra cosa que la estación tardía, con un poco de nieve en la cima visible, donde apenas una tarde convoca desesperadamente a las ventanas recientes de aquel lado de la ciudad;
nada somos más que una hoja apagada que roza el suelo, sonando, cuando ya todo el árbol exhibe el renuevo de la primavera.
Sí; tú y yo—seis ojos nos mantienen—,
cerca del mar, hablamos
del viaje.
Tú transitas
por la calzada impuesta, porque es verdad que nadie elige su amor o su final,
que nadie toma plaza para el definitivo espectáculo en el que somos importantes por única vez...
Están aquí. Se irán. Van a escapar. Los miro.
Los miro desde ti y no me conozco.
Y estoy muerto, mirando. Seis ojos me devuelven con vigor la mirada.
Y me esfuerzo por reír, y por acercarme a su juventud, y por pasarme de listo, por pasarme de aula, para no defraudarles, para no entristecerles...
Por un poco, sí, Carlos, por un poco
el dado no ha caído con mi cifra,
y entonces—¡oh, Dios mío!—
estarías tú ahora mirando así a mis hijos.

JOSÉ GARCÍA NIETO

(Del libro inédito *Memorias y compromisos.*)